

Enrique
Llamas

LO NUESTRO

Diseño de colección: Estudio Pep Carrió

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



© Enrique Llamas, 2023

Autor representado por Silvia Bastos, S. L. Agencia Literaria

© AdN Alianza de Novelas (Alianza Editorial, S. A.)

Madrid, 2023

Calle Valentín Beato, 21

28037 Madrid

www.AdNovelas.com

ISBN: 978-84-1148-409-1

Depósito legal: M. 17.013-2023

Printed in Spain

*A Mercedes Castro.
Porque cuando llega, cambia el viento*

Cuando se supo que los Juegos Olímpicos de Barcelona podían convertirse en el penúltimo intento de este milenio de desestabilizar lo poco, lo muy poco que hay estabilizado, se decidió no realizar los Juegos, sino diseñarlos.

MANUEL VÁZQUEZ MONTALBÁN, *Sabotaje olímpico*

—Es una terrible aventura ser niño —dijo ella.
—De acuerdo. Y dejar de serlo. Y ser hombre o mujer. Y dejar de ser algo para convertirse en aquello que nadie ha explicado cómo está hecho. Esa es la más terrible de las aventuras.

CARMEN KURTZ, *Al lado del hombre*

El joven príncipe hace su entrada.

Encabeza la comitiva final, la más esperada. Conlleva cierta sorpresa que sea el heredero quien vaya delante, quien porte la bandera de la nación. Una sorpresa entusiasta, una sorpresa que hace que a los presentes les crezca el pecho. Que se les contagie la sonrisa, la luz que irradia el heredero al trono. Tenía que ser él. No podía ser otro excepto él. Resulta evidente, natural, que sea él. Qué manera de medrar el orgullo de quien lo ve. Con su entrada, con su saludo, el hijo del rey parece consumir en ese momento el viaje —a veces lento, vertiginoso otras, pero siempre hacia adelante— que durante los últimos años ha acelerado a la nación hasta situarla a la altura de Occidente. Con su entrada demuestra no solo eso, sino que el futuro ha llegado. Lo corroboran los vítores, el vivaz revoloteo de los colores de la bandera allá donde se mire. Es él, y no la vanguardia teatral que hace unos momentos llenaba el campo, el verdadero regalo.

El séquito del heredero lo configuran los hombres y mujeres más preparados, más elásticos, más rápidos, más fuertes, más constantes y más jóvenes. No podía ser de otra manera, porque el joven príncipe también está entre ellos. Los más elásticos, rápidos, fuertes y constantes. Los más jóvenes.

Son solo unos minutos, pocos, y sin embargo suficientes: quedan grabados para siempre en la retina de quien es incluso

demasiado pequeño como para llegar a entenderlo. La alegría es ensordecedora. Un zepelín corona el aire. El país termina en ese instante con todos sus complejos, esos que en los últimos años se han ido extinguiendo a base de trabajo y avances en ocasiones dolorosos. Todo lo justifica este momento. Se certifica que cualquier medida ha sido buena, acertada, porque —ahora sí— hemos pasado de escalar puestos a ser, en esta tarde de verano, el centro mismo del mundo.

El aire caliente, húmedo, llega a todos los rincones del planeta. El príncipe encarna la tradición y la modernidad, los valores de humanidad, de superación, de esfuerzo y resultado que hermanan a todos los deportes.

Gloria.

Arriba, las manos de los asistentes del palco de honor abrasan de tanto aplaudir. Pero se les olvida la quemazón; la imagen del joven príncipe diseña el milagro. Y aplauden más. Aplauden ahora a rabiar. Se levantan ante el grito de entusiasmo general porque ellos han demostrado que en esta nación, y en la nación que engloba a esta nación, son capaces de saltar por encima de las diferencias ideológicas, de las históricas, de los recuerdos dolorosos. Todo para traer el futuro ante los ojos del mundo.

Dulzura.

En el palco presidencial las sonrisas les desbordan las caras. Ellos son los responsables del avance. De la modernidad. De ser el centro del mundo. La popularidad de la que gozan solo la habían imaginado en sueños. Allí están don Juan Carlos de Borbón, doña Sofía de Grecia, Felipe González, Jordi Pujol, Pasqual Maragall, Juan Antonio Samaranch... No evitan saludar. Saben que el foco también está sobre ellos.

Esperanza nuestra.

La esperanza nuestra, piensan en el palco, está resuelta. Los demás, los de abajo, los que solo aplauden y no saludan, creen

que ya está hecho, que este es el fin de la historia de España, que todo está logrado. Es esta muchedumbre la que, aunque no lo sepa, tendrá que buscar otras esperanzas cuando acabe la bonanza en los salones de sus casas, en las televisiones de los bares donde celebran que hoy se consagra un nuevo modelo de país. Desde el palco piensan que allí abajo hay unas expectativas ya cumplidas. Pero no es nuestra esperanza, barruntan, es la suya y ya caducará.

Y quizá pensarán eso arriba, desde el palco, hinchados de orgullo como pavos. O eso creemos ahora, años después, que pensaron.

Pero no adelantemos acontecimientos. Todos somos buenos videntes del pasado: sabemos que los símbolos, que los colores de las banderas, pueden terminar volviéndose contra los héroes con solo descolocar el orden de sus franjas. Y en aquel momento, allá arriba, los del palco no podían predecir su destino. Al igual que en el campo, sobre la hierba, tampoco lo habían sabido los personajes que, articulados por actores, calculaban al milímetro sus movimientos.

De momento, bajamos con el pueblo: «Un solo clamor, un solo aplauso. Gran recibimiento para España». Lo dicen en la locución de la televisión pública. Y en eso estamos. También dicen: «Si este es el principio, qué será el final».

Pero de momento, insisto, estamos aquí, con la gente. Con lo que ven. Ya ha anochecido, pero es más de día que nunca. El grana y el oro brillan. El príncipe heredero porta la bandera y sonrío.

Arriba, sus hermanas aplauden también, inmaculadas y jóvenes.

La mayor llora emocionada.

Polo

... y sin embargo me extraña el movimiento de mi muñeca, que, como si ella sí supiera lo que está pasando, vulnera la costumbre. Gira dos veces antes de detenerse y accionar el «clic» que abre el pestillo. Percibo una extrañeza, pero tardo en identificarla con la doble vuelta de llave, que es habitualmente innecesaria. El clima del rellano —frío— alcanza una extraña tibieza que contrasta con el calor que cae a plomo en la calle. Aun así, a los pocos segundos se revela también viciado, insupportable. Al menos es seco. No tiene la textura pegajosa, casi dulce, del ambiente que me ha rodeado durante estas últimas dos semanas. Cuando yo estaba en el centro del mundo.

Fue a finales de julio, en un avión de apariencia similar o probablemente el mismo que hace apenas una hora me ha aterrizado en Barajas, cuando llegamos a Barcelona. Miguel, que en rara ocasión había salido de Madrid, estaba agitado y no se molestaba en disimularlo. Hoy, tras dos semanas de convivencia estrechísima, todavía no me acaba de confesar que aquel de hace quince días fue su primer vuelo.

Apenas desembarcamos, él vio en la pista de El Prat un cartel inequívoco, adornado con los cinco aros. Sus señales nos invitaban a desviarnos del recorrido trazado para el resto de pasajeros, demasiado ocupados recogiendo sus equipajes de mano y sus sombreros de ala ancha.

—Disculpe, señorita azafata... —el que preguntaba era un hombre no tan mayor como parecía—, la familia olímpica, ¿también sigue ese cartel?

Llevaba varios cortes, paralelos, en las mejillas. Los de aquellos que no están acostumbrados a afeitarse. Yo metí la libreta en la mochila, guardé los papeles de la marca de pasta y enderecé mi espalda. Continué bajando las escaleras. Abajo, Miguel, impaciente, me indicaba con la mano derecha que le siguiera. Con la izquierda no dejaba de señalar el cartel con los aros de colores. Abultaba más la cámara que él. En Madrid había montado una escena antes de embarcar para que no nos la facturasen y poder llevarla encima.

Al poner un pie en el suelo fui consciente de la bofetada húmeda y empalagosa del calor de Barcelona.

No era un calor hostil como lo es esta doble vuelta de llave tan extraña, tan fuera de lugar. Inquisitorial. Parece preguntarme: «¿Quién eres tú?». Como si mi casa fuera la gruta de Alí Babá y yo un ladrón. Con esta pregunta, y con los dos giros de mi muñeca, reparo en que nunca cerramos la puerta con llave. Ni siquiera durante los meses en los que pasaban farlopa en el piso de al lado, y eso que por el rellano pasó lo mejor del barrio.

Entro en casa y me extraña que Jaime no me haya hecho llegar a Barcelona recado alguno de que no estaría aquí a mi llegada. Espero que no tarde en venir, porque, si no, voy a empezar a dar cuenta de las cervezas que acabo de comprar en el Simago. Aunque escucho un silencio extraño, poco dado a frecuentar nuestro piso, no lo puedo evitar y grito:

—¡Jaime!

Nadie contesta, claro, y niego con la cabeza por haber tenido esta reacción cotidiana que en este momento me resulta absurda.

Es justo ahora, al levantar la cabeza, cuando soy consciente de la extrañeza que, en forma de olor a Mr. Proper y Cristasol,

empieza a entrar por las aletas de mi nariz. Avanzo por el pasillo oscuro. Las persianas están bajadas casi del todo para frenar el calor de agosto. Llego al salón y me siento extraño, fuera de lugar. Como si mi presencia pudiera ensuciar, desordenar algo. Como si yo ya no viviera aquí. Parece el salón de unos supuestos inquilinos del futuro. Unos inquilinos que trabajan el olor a pulcritud y que cubren cuidadosamente el viejo sofá con su funda para luego alinearlo en perfecta simetría con la mesita baja, que en una esquina exhibe revistas perfectamente colocadas dejando espacio para las que irán llegando. Es curioso, ordenadas parecen menos, pienso. Y qué extraño es todo. Vuelvo la vista a las paredes, allí están los pósteres de Nirvana, de Courtney Love. Sí, ellos demuestran que esta es mi casa. Continúa siendo mi casa. No hay inquilinos del futuro. Incluso la Sega está en su sitio. Este es el piso en el que desde hace años vivimos yo y Jaime.

Cierro los ojos extrañado y dejo en el suelo la bolsa de viaje. Me la regalaron en Banesto cuando abrí la cuenta y domicilié allí la nómina. Me concentro, buscando con los oídos el goteo rítmico, acompasado, del grifo de la cocina. No oigo nada. Apenas el suave murmullo de la nevera. Inquieto, giro y me dirijo, como en la casa de un extraño, hacia la cocina. Me doy cuenta de que las suelas de mis zapatillas chirrían contra el brillo inusual del parqué. Si la algarabía lo hubiera permitido, hubiera oído ese mismo chirrido en el aeropuerto del Prat a finales de julio, hace apenas dos semanas.

—Ah, pues mira qué bien indicado lo tienen todo.

Los que llegábamos a trabajar cruzábamos el aeropuerto de forma ordenada, a través de los pasillos delimitados para nosotros. A nuestro lado los turistas se mezclaban con alboroto. Llevaban cámaras colgadas del cuello, camisetas amplias, de colores, pantalones vaqueros claros y anchos, de tiro alto y, por lo general, cortos. Griterío de mil idiomas. La parte del

suelo marcada para nosotros estaba llena de flechas e indicaciones en varios idiomas. Éramos menos que los turistas y avanzábamos más confiados. Privilegiados entre los privilegiados. A mi lado, un señor de pelo blanco y cara rosada, con gran bigote y corbata ancha con prendedor, que no soltaba un cigarrillo de entre sus dedos, exclamó:

—*Oh! It's easy, Seoul was a mess!*

El olor a preparativo ya desplegado se mezclaba con la sal que muchos percibíamos en el aire. Había alegría, ruido, sensación de fortuna. Al contrario de lo que solía suceder, el personal del aeropuerto saludaba a los extranjeros con un «¡Hola!» amplio y brillante. Los aterrizados contestaban con sus mil acentos. Un cosquilleo lo invadía todo.

—Joder, Miguelito —dije casi sin pensar—, estamos en el puto centro del mundo y resulta que en el puto centro del mundo se saluda en español.

—¿Qué dices?

Elevé el tono.

—¡Que estamos en el puto centro del mundo!

El espectáculo que tenía delante me impedía mirar a Miguel. La vista se me perdía entre los mil colores de las banderas. No quería que se me escapara ni una sola de aquellas franjas que lo saturaban todo.

Si viera esto Jaime, pensé, empezaría a birlarles banderas a los guiris. O a comprar mil imanes de recuerdo para colocarlos en la nevera. La nevera la noto extraña, por cierto, ahora que entro en la cocina. Parado en el quicio de la puerta, tardo unos segundos en darme cuenta de dónde viene esa extraña vaciedad. Hay una asepsia en bruto. La misma que se contempla en un piso limpio y pulido hasta la extenuación, a punto de ser estrenado. Vuelvo a recordar los miles de imanes que he visto las dos últimas semanas. No compré ninguno porque apenas un par de los más pequeños cabrían en la puerta del frigo. Es gra-

cias a ellos, al revoltijo de sus colores, como caigo en la cuenta del origen del vacío en la cocina. La nevera brilla inmaculada. Faltan los imanes. Su ausencia es más notoria de lo que había sido su presencia. En el centro de su blancura destaca tan solo una fotografía en la que salimos yo y Jaime, hecha hace un par de años en un pueblo de Valencia. Volvíamos a dormir al coche tras pasar parte de la mañana bailando bakalao. Esa imagen está sujeta con un imán pequeño, redondo, que conserva restos del yeso del adorno que lucía en otros tiempos.

—Joder, tío, ¿han entrado a robar o qué?

Otra vez no puedo evitar hablar en alto. Solo. La persiana protege a la cocina de la claridad exterior excesiva, dañina. Voy a mi habitación y me fijo en que incluso la bandera de mi Atleti parece estar planchada, en consonancia con el extraño silencio, rimando con la luz que entra en diagonal a través de las rendijas de la persiana. Ni siquiera hay polvo en el aire. Tampoco parecía haberlo en Barcelona, era imposible con semejante ir y venir de banderas, de luz, de sonidos. La claridad del aire resplandecía y nosotros éramos inmunes al vacío, porque no existía. Habíamos salido del aeropuerto casi sin darnos cuenta, siguiendo las indicaciones. Teníamos ya delante un autobús nuevo, que brillaba.

—¿Sois de Televisión Española? El autobús que hay allí os dejará directamente y sin paradas en la Villa Olímpica.

Un voluntario adolescente, con el bozo mal afeitado, nos sonreía. Parecía nervioso.

—Nosotros... —cierto sonrojo en mi voz porque no entraríamos en ningún estadio, y yo quería ocultar mi rubor— somos de la privada. Pero sí, nos alojamos en la Villa Olímpica.

—Pues id a ese autobús y preguntadle a ella.

Nos señaló a una chica con polo blanco, banderita de España bordada industrialmente en el pecho, bajo los aros olímpicos. Llevaba bermudas anchas, blancas también, y una cinta

en la frente que me recordó a aquella chica que era el objetivo único de nuestro viaje.

—¡Hola! *Welcome to Barcelona!*

A mí me hubiera encantado seguir un poco más con el equívoco. Fingir el acento cerrado de, por ejemplo, la Federación Estadounidense de Vela, y contestar con un *thank you* altisonante. Iba ya a abrir la boca cuando Miguel se me adelantó:

—¡No! ¡Nosotros somos de aquí! Bueno, venimos de Madrid...

Chasquéé los labios con fastidio. ¿Por qué dos españoles no íbamos a parecer estadounidenses? Al fin y al cabo, éramos de Madrid. Solo nos faltaban pañoletas con barras y estrellas. O bandera alguna, vaya.

—¡Bienvenidos a Barcelona, entonces! —La chica no soltaba la sonrisa, aunque en los extremos de sus labios se podía leer cierta decepción.

Cuando subimos tocamos la tapicería nueva de los asientos. Reinaba el olor de los coches recién comprados. Casi mareaba. Dejé caer un poco más sonadamente de lo debido mi mano sobre la nuca de Miguel.

—¿Qué haces, tío?

—Eres un panoli, joder. ¿No ves que yo me quería hacer pasar por guiri y preguntarle a la piba esta *where is...*? —Y callé, claro, porque me di cuenta de que no sabía decir ni siquiera «Villa Olímpica» en inglés.

—*Where is* ¿qué? Se nos ve que somos españoles en la cara. La próxima te la devuelvo, tolay, que eres un tolay.

—No te pongas así, Miguelito, que era una colleja cariñosa. Es que la azafata está buena que te cagas. Por cierto, ¿no tendrás agua? Hace un calor...

Agua. Abro la nevera porque tengo sed. Agarro con cuidado el tirador de la puerta porque está roto desde hace años. Al asirlo me doy cuenta de que el asa ha sido fijada. Alguien la ha

arreglado. La luz amarilla y un aire frío me golpean la cara. No hay nada. Está completamente vacía. Solo una botella de plástico que me mira solitaria, reutilizada, en la repisa interior de la puerta. No está fría, debe de haberla metido Jaime no hace mucho. Bebo a morro. No es hasta que bajo la vista cuando veo, en la parte de la encimera que linda con el frigo, un papel claramente arrancado de una libreta.

Vuelvo enseguida.
No hagas planes hoy.

¿Qué hostias dice este?, pienso. El muy cabrón irá mal de pasta y todavía querrá que le invite a comer por haber limpiado el piso. Cierro la puerta de la nevera y clausuro el frío que alivia esta sequedad de agosto. Escucho. Soy capaz de reconocer con certeza esta forma particular que tiene el ascensor al detenerse en nuestro rellano cuando el que sube es Jaime. Me lo corrobora ahora el ruido seco de las pisadas que anticipan su entrada en nuestra casa. Junto con la pulcritud del piso y esta tristeza de su imán solitario y roto, la nevera me dice que algo raro pasa. Oigo a Jaime resoplar en el rellano, enredarse sus piernas con el sonido leve y crujiente de un par de bolsas de plástico del súper.

Escucho la llave entrando en la cerradura, quebrando el silencio. La televisión está aquí y me mira inerte, apagada, presidiendo con mano dura la pulcritud del salón. Una perfecta quietud estival en el patio de luces, todas las persianas bajadas. Las vecinas, ausentes, y las pocas que quedan, tranquilas, silenciosas. Apenas un giro breve, no llega a una vuelta. Se oye un pequeño «chas»:

—Hombreee, ha vuelto el olímpico —oigo desde la cocina, mientras mis ojos reparan de nuevo en ese silencio extraño, en el orden que carece de signos de vida.